

Su pasión más confesada

Juan Ángel Juristo

Hace dos años la editorial Galaxia Gutenberg-Círculo de Lectores publicó la última obra inédita de Guillermo Cabrera Infante, *Cuerpos divinos*, una evocación de su juventud y de La Habana previa a la entrada de los barbudos en la capital cubana y los primeros momentos del régimen de Fidel Castro cuando Carlos Franqui se encarga de *Lunes de Revolución* y embarca al escritor, enrocado hasta entonces en su revista *Carteles* donde publicaba sus legendarias críticas de cine, amén de entrevistas a actores célebres como Humphrey Bogart y actrices internacionales como Martine Carol o las muy cubanas Miriam Gómez y Miriam Acevedo, en una aventura de consecuencias trascendentales para su futuro. El libro, en realidad, podría ser considerado como el revés de la trama de otras obras autobiográficas anteriores, tal *La Habana para un infante difunto*, pero contiene algunas escenas, el reportaje a Hemingway en una barca con motivo del rodaje de *El viejo y el mar*, la visita de los revolucionarios a Nueva York en aquella gira que Fidel Castro realizó por Norteamérica donde Guillermo Cabrera Infante fue testigo de excepción, que pueden considerarse excepcionales por la alta calidad literaria que poseen. En aquella presentación se dio a conocer la intención de la editorial de publicar las *Obras Completas* del escritor a cargo de Antoni Munné, una labor que todos los que gustamos de la literatura de Guillermo Cabrera Infante esperábamos con cierta ansiedad

Guillermo Cabrera Infante: *Obras Completas*. Tomo I. *El cronista de cine*. Escritos cinematográficos I. Editorial Galaxia Gutenberg-Círculo de Lectores. Barcelona, 2011.

porque sabíamos de la enorme cantidad de material inédito que dichas obras iban a contener y que Munné se iba a encargar de desbrozar y clasificar con esforzada labor. Ahora ha salido publicado el primer volumen, un inmenso tomo que suma unas mil quinientas páginas, y que recogen todos los escritos sobre cine que Guillermo Cabrera Infante escribió a lo largo de su vida. Desde luego se encuentran aquí libros muy famosos suyos, como *Un oficio del siglo XX*, aquel que publicó en bella edición Seix Barral hace muchos años y que supuso un aire de renovación entre nosotros por la manera que tenía de afrontar la obra cinematográfica, en una mezcla de rigor y goce literario muy difícil de encontrar por entonces en nuestros pagos, acostumbrados como mucho a los ecos que nos llegaba del intelectualismo de *Cahiers du Cinéma*, pero no otros posteriores, como *Arcadia todas las noches*, ni más recientes y que pueden incluirse en otros muchos que escribió sobre evocaciones biográficas, como *Cine o sardina*, un bello libro donde Cabrera Infante describe su infancia en Gibara, una infancia marcada por la pobreza y el cine, su pasión más confesada y dilatada en el tiempo y que serán incluidos en otro volumen posterior. Luego vinieron otras pasiones, como la literatura, las mujeres, el son, el jazz, la obsesión por dar cuenta de la geografía de La Habana y sus lugares casi mágicos, no es de extrañar que tradujera *Dublineses*, de James Joyce en una especie de correlato obligado, pero nada le compensó, en realidad, de aquel primer descubrimiento de los sentimientos intensos que surgían de aquellos fotogramas en movimiento, y donde el niño Cabrera Infante llegaba a olvidarse hasta del hambre. Esta intensidad en lo emocional explica muchas actitudes que el lector de este tomo encontrará en muchas de las críticas que Guillermo Cabrera Infante escribió en vida, que fueron muchas, e ilumina ciertas manías, injustas, que mantuvo con movimientos cinematográficos como el neorrealismo o con autores consagrados como Jean Vigo o Visconti, con los que el escritor cubano se muestra inclemente y, por contraste, la total adhesión al cine norteamericano y, sobre todo, al de Hollywood.

En la obra de Cabrera Infante se produce una feliz conjunción de las técnicas literarias de las vanguardias, las referencias a Sterne, a Joyce, a Carroll, son innumerables, con la cultura pop y sus

manifestaciones más amables. Esa actitud tiene muchas consecuencias, y cuando se hace con ingenio y excelencia literaria el resultado suele ser magnífico. En este sentido hay páginas en *Tres tristes tigres* que son antológicas, sobre todo en lo paródico y en la descripción de ambientes teniendo en cuenta las sensaciones musicales, por ejemplo, o las evocaciones de la noche de la fiesta habanera, pero llama la atención que en lo referente al cine Guillermo Cabrera Infante se mantuviera más indulgente que con las obras literarias o las musicales, dos de sus otras grandes pasiones, donde su exigencia podía llegar a extremos inusitados. Quien se enfrente a estos escritos de cine, con los muchos inéditos en forma de libro que contienen, tendrá que tomar en cuenta esta consideración. Sólo así podrá entender la obra de Guillermo Cabrera Infante como un todo coherente pero dividida en tres zonas de conocimiento muy diferenciadas: El mundo visual, donde reina el cine ya que el paisaje no forma parte nunca de su modo de mirar; el mundo del oído, donde el son y el jazz dominan por encima de cualquier otra manifestación musical, las referencias a la música clásica son escasas aunque pertinentes, acertadas y divertidas, y luego, como algo que engloba a las demás, el lenguaje, la literatura, la crítica de cine, el reportaje, donde era un maestro, la entrevista... en suma, el periodismo en su aspecto más noble.

Esta mezcla afortunada conlleva el hallazgo de una manera de vivir, de sentir, también de realizar una obra, y Guillermo Cabrera Infante supo desde el primer momento como llevar a buen puerto esa conjunción prácticamente desde su primer libro. Pero el cine era otra cosa, era su pasión más confesada, pero también la más dilatada en el tiempo y, desde luego, la que llegaba más cerca del origen. De ahí que tuviera que inventarse casi un heterónimo, y digo casi porque G Caín, que así firmó durante años sus críticas de cine, es más que un pseudónimo pero no llega a poseer una personalidad radicalmente distinta a la de su autor, caso de los variados pessoanos, aunque, eso sí, cumpla con escrúpulo uno de sus requisitos: el autor habla siempre de él en tercera persona. El cine de Guillermo Cabrera Infante es gozado por una persona con ese nombre, pero quien lo juzga es otro, G Caín, y este otro se deja llevar a veces por una personalidad que parece muy distinta a la de su autor, quien a lo largo de su vida se sentirá obligado a corregir

a su casi heterónimo. De ahí esa rectificación a *Casablanca*, no la única pero sí la más famosa de otras muchas las que criticó con saña, y los duros epítetos que tuvo con actores que idolatraba pero que tuvieron la mala fortuna de hacer esa película, como Humphrey Bogart o Claude Rains. Parecería que mientras a GCaín le molestaba el mito, Guillermo Cabrera Infante lo respetaba. Esa contradicción nunca llegó a producirse en el momento porque los tiempos con lo que jugamos son distintos: mientras GCaín existió no hubo rectificación. Cuando murió, su autor revisó opiniones, muchas de ellas, aunque en otras se mostró irreductible, como el desagrado con *Senso*, la película de Visconti, perdurable a lo largo de los años.

No es baladí que una edición de las *Obras Completas* de Guillermo Cabrera Infante comience con sus escritos sobre cine. En cierta manera nos encontramos con el escritor subyugado por lo que de excelente poseía el arte de la cultura de masas del siglo XX, una Arcadia que nunca le abandonó y que cultivó a lo largo de su vida, tanto en los años de la luminosa La Habana, donde reinaba GCaín, como en los más melancólicos de su casa de Gloucester Road, en Londres, donde escribió algunos guiones mientras veía incesantemente videos de cine. Arcadia todas las noches: así tituló uno de sus más bellos libros sobre este arte. El título es excelente pero lo importante es que en gran parte le define, a él y a estas páginas ©